



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA CAELI

Domingo 13 de mayo de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Junto con vosotros deseo hoy dar gracias a Dios y a la santísima Virgen por la peregrinación tras las huellas de san Pablo que tuve la alegría de realizar durante los días pasados. Atenas, Damasco y Malta: llevo grabados en mi corazón esos lugares, que la misión del Apóstol de los gentiles vinculó indisolublemente a la historia del cristianismo. El próximo miércoles, durante la audiencia general, comentaré más ampliamente este inolvidable itinerario, que ha sido muy significativo desde el punto de vista ecuménico e interreligioso.

Por desgracia, se vio entristecido por las noticias dolorosas que seguían llegando de *Tierra Santa*. En realidad, nos encontramos ante una espiral de violencia absurda. Sembrar la muerte a diario no hace más que exasperar los ánimos y retrasar el día bendito en que todos puedan mirarse a la cara y caminar juntos como hermanos. Todos, y en particular los responsables de la comunidad internacional, tienen el deber de ayudar a las partes en conflicto a romper esta cadena inmoral de provocaciones y represalias. Además, como ya se ha repetido tantas veces, es preciso recordar que el lenguaje y la cultura de la paz deben prevalecer sobre la incitación al odio y a la exclusión.

2. Un motivo de alegría y alabanza nos viene hoy de las *ordenaciones sacerdotales*, que acabo de celebrar en la basílica de San Pedro. Treinta y cuatro diáconos de la diócesis de Roma, provenientes de diversos seminarios, se han convertido en presbíteros, para servir a la Iglesia mediante la predicación del Evangelio, la celebración de los sacramentos y la guía pastoral del pueblo de Dios.

A cada uno de ellos renuevo mi abrazo de paz, asegurándole que acompaño con mi oración su

nuevo ministerio. Doy las gracias a todos los que se han ocupado de su formación, y saludo con afecto a sus familiares y amigos.

3. Invocamos ahora sobre estos nuevos sacerdotes de la diócesis de Roma la asistencia materna de María santísima, en el día en que *recordamos sus apariciones en Fátima*. Yo mismo experimenté su protección el 13 de mayo de hace veinte años. A ella le renovamos la súplica por Tierra Santa, para que se purifiquen los corazones y los propósitos de todos, de modo que cesen las matanzas, y las energías de unos y otros se empleen finalmente en la construcción efectiva y duradera de la paz.